



Volver a la jungla

Rafael Toriz

¿Escribe el Diabolo un cuaderno de bitácora?
Werner Herzog

TODOS LOS HOMBRES NACEMOS CON LOS DÍAS CONTADOS, un límite que habrá de cumplirse tarde o temprano, ineluctablemente. Para aquellos que viven exiliados en las tierras del encanto llegará el día en que tendrán que enfrentarse con el abismo, y al hacerlo sólo habrá que responder una pregunta: ¿fuiste digno de tus sueños?

Tal vez entonces comprendamos que el viaje verdadero, el que va en busca de uno mismo, es siempre un viaje sin retorno: los que parten de su casa son los exiliados de un país inexistente.

Como pocas personalidades en la historia, Werner Herzog ha demostrado que no existen imposibles para la fuerza de uno. Con una lucidez ecuménica y un temperamento resuelto —dos de las más grandes virtudes del hombre—, Herzog es la prueba de que el pensamiento es una furia que vale la pena empeñar en pos de los delirios más auténticos si ellos alimentan la existencia. No importa que se trate de descubrir un continente, recorrer a pie la Tierra o recrear la locura del enamorado de la ópera que quiso llevar el canto de los hombres a las entrañas de la selva: *Fitzcarraldo* ha quedado inscrita en la historia como una de las aventuras más enormes del ser humano.

Conquista de lo inútil, antes que nada, es una obra maestra. Y lo es no sólo por la expresión literaria, que alcanza cimas aterradoras, verdaderamente subyugantes (“había caído una lluvia corta y fuerte, y sobre la selva se asentaban vapores finos y blancos, muy delicados, como velos, como





Fotogramas de Fitzcarraldo (1982)

telarañas. La selva se hacía virginal y ocultaba los silenciosos asesinatos en su interior bajo velos arrojados encima por sueños fugaces”) sino sobre todo por su carácter anfibio, proteico, abierto a una lectura plural que impide cualquier clasificación. Continuamente Herzog se pierde en elucubraciones, sembrando historias extraordinarias como quien planta semillas en el pantano. El diario es monumental, algo que esconde, bajo la forma de una bitácora de viaje, un diálogo metafísico y poético del hombre con el mundo.

En el prefacio, Herzog advierte que se trata de paisajes interiores, ensoñaciones ocasionadas por la fiebre de la jungla. Al recorrerlos nos percatamos de que son tan profundos los abismos de su alma —tan lúcidas sus interpretaciones de la naturaleza— que olvidamos por completo que lo que leemos es el correlato de un orate que pretendió subir por una montaña un barco de 300 toneladas (más grande que el original) y lo consiguió con grandísimos esfuerzos (las ruinas de los barcos naufragaron en la selva). Herzog es el salvaje de la ópera que descubrirá, como el barón del caucho en quien se inspira su relato, que a la jungla no le importan nuestros sueños (“sobre la selva hierva un odio. ¿Dónde en las profundidades de la historia se nos perdió la palabra infame?... En los árboles se forman úlceras. Las raíces se retuercen al aire. La selva se alegra con

cada abuso”). Su corazón tenebroso siempre será más potente, licencioso y verdadero; al cortar los árboles, sus troncos suenan como monstruosos instrumentos de percusión: “el gigante crujió y gimió, luego hubo un ruido como de explosión, como si se hubiese roto algo dentro del árbol, pero él siguió en pie después de esta sacudida espantosa, y sobre nosotros llovieron escombros y hojas de lianas. Luego el árbol cayó en un espectáculo terrible, un verdadero fin del mundo”.

Extenso y vibrante poema en prosa, la mirada del director —domador de huracanes— es también la épica de un hombre envenenado por la jungla, transformado por el carácter insondable y asesino del entorno, que refleja en quienes lo habitan su carácter despiadado. *Conquista de lo inútil* es lo que queda de esa batalla entre el hombre y sus quebrantos. Son las esquirlas del junco que piensa, los fragmentos luminosos de nuestro paso por el mundo, un poema nacido en el lugar donde hasta el plástico se pudre (“la tristeza de los cartones ablandados desde hace muchos días: intuyo en ellos una gran metáfora”).

Todo trecho que se avanza ensancha las profundidades del abismo.

Cada línea supera el mejor realismo mágico jamás escrito (hay muertos, heridos, desplomes, crímenes,



Conquista de lo inútil. Diario de filmación de Fitzcarraldo.
Trad. Ariel Manus. Entropía
Buenos Aires. 2011

animales y muerte). Todo en esas páginas está gritando, encerrado en un presente eterno, crepuscular y sin historia. La espesura de quien mira revela intrincados mundos interiores, crisoles destemplados por los que se cuelan las angustias de los hombres (“ayer murió en el campamento de los indios un lactante moribundo”): el diario está escrito con la viscosa materia que da cuerpo a las pesadillas.

Fiel al aliento épico de su autor, *Conquista de lo inútil* es el periplo de Aguirre y los naufragios de Cabeza de Vaca; pero también está habitado por el espíritu de las crónicas de Ulrico Schmidl y Bernal Díaz del castillo. Leemos los diarios de un gran conquistador y comprobamos que su visión lo ha perdido y perturbado, pero perdura como ofrenda el lenguaje ante el espanto:

Los bananos a la izquierda de mi choza están hinchados, desvergonzadamente sexuales. En la tranquilidad de la lluvia el paisaje practica la sumisión. Una profunda respiración atraviesa la selva, todo

está quieto. Vacilantes se despliegan los helechos, que habían mantenido escondidas sus tiernísimas puntas. Plantas carnívoras que sudan grasa invitan a la ruina. Sobre la madera enmohecida hongos resbaladizos, de pensamientos venenosos. Las penas de la selva parecían hoy menos agobiantes; pudrir, descomponer y dar a luz se dio más fácilmente. La selva, exclusivamente en el presente, si bien está involucrada en el tiempo, permanece por siempre sin edad.

Fiel a la tradición alemana, el diario documenta también la sorpresa de un naturalista ante un entorno metafísico: “¿Por qué me interesan los dramas de los animales? Porque no quiero ver dentro de mí. Sólo esto: en mí se revolvía una desolación, como termitas en un tronco caído”; “Profundamente enemistado con la naturaleza tuve un encuentro con la gran boa constrictora, que asomó la punta de su cabeza a través de la malla metálica de su jaula y me miró fijamente a los ojos. Tercamente confrontados el uno con el otro reflexionamos acerca del parentesco de las especies. Puesto que era escaso, ambos nos pusimos tristes y nos separamos”; “¿Es el deseo de volar de alguna forma congénito a todos los animales? Alguna vez habría que estudiar a las vacas, los perros, los lagartos. ¿No es el avestruz con sus alas, que no lo pueden elevar, el más irredento de todos los seres vivientes?”

Ese mismo temperamento es el que lo hace reparar en los infiernos sociales de la realidad americana,¹ páramos en los que la indescifrable incompetencia tropical consiguen deschavetar a los más calmados (pilotos que no saben volar, marinos mentirosos, todo tipo de rateros) y que ofrecen uno de los escenarios más perjudiciales para cualquier ensueño: la organización de la gente. “La burocracia, dice Vivanco, no es sólo

¹ Siempre menos mortíferos que los de la vida natural: “La vida en el mar debe ser el más puro infierno, un infinito infierno de peligro constante e inmediato: a tal punto un infierno insoportable, que durante la evolución algunas especies —el hombre incluido— se arrastraron, huyeron a algunos témpanos de tierra firme, que después serían los continentes”.

un instrumento, una forma horrible de organización, acá es, dice él, una abominable forma de pensar de los corazones. La selva, que prolifera abundante alrededor de Iquitos, es una huelga en contra de los esfuerzos humanos”.

Nada hay en este libro que no sea memorable (la muerte de John Lennon, las primeras escenas, luego desechadas, con Mick Jagger, los viajes continuos, la pérdida de la cordura, la prosa, la historia, la selva, los remolinos, la furia y hasta uno mismo). Herzog ha escrito una obra decisiva que vivirá poderosa mientras no nos extingamos.

Por razones que ni él tiene claras, tardó casi 25 años en publicar su cuaderno de viaje. Yo creo que ciertos venenos sólo supuran con los años.

Con una gran metáfora que define la vida —una batalla virulenta en pos de lo inútil— Herzog nos lleva de regreso a la jungla, cuando ya la ha conquistado, para decirnos que sólo vale la pena aspirar a lo imposible. Porque siempre somos del tamaño de lo que soñamos. **▲▲**

